

importan poco, y que, por lo tanto, necesario es dejar un poco de libertad al humano pensamiento.

Ciertamente, necesario es otorgarle libertad, y no tan sólo á él, sino también á la voluntad. Únicamente que el buen uso de la libertad no consiste en echar por tierra los límites trazados por la razón y la conciencia, en perderse en lo vago y en lo incierto, sin inquietarse si uno se precipita en abismos morales ó en fantasías especulativas insensatas.

Pues bien, en la mística, tales peligros aumentan á medida que se adelanta, si no se pisa en terreno sólido. Por esa razón, la más elemental prudencia consiste en sacar provecho de los graves errores que aquí se nos presentan. Quizá en parte alguna no se hace tan necesario aceptar por divisa la frase del Apóstol: *Sapere ad sobrietatem*.⁽¹⁾ Más vale un saber modesto y una virtud humana basada en el dogma de la Iglesia, y dirigida por ella, que un orgullo de Titán que, subiendo hasta el cielo, se abra á sí propio su tumba, y arrastre millares de personas á su ruina.

Como ya hemos dicho, admiramos sinceramente cuanto de grande el espíritu humano hizo en ese terreno. Es para nosotros estímulo para hacer los mayores esfuerzos, no solamente en el pensamiento, sino en la acción. Por otra parte, no podemos negar que la historia de la mística nos ofrece casi en cada página advertencias que nos recuerdan la facilidad con que pueden ocurrir exageraciones é infracciones en su terreno, á la vez que la necesidad de emplear reflexión y mesura, y buscar consejo en guías ilustrados, experimentados y formales.

Mas, aun proponiéndonos la cuestión en donde nos es dado hallar reunidas esas condiciones tan diferentes, por no decir inconciliables, dirige nuestras miradas sobre un hecho que, en este terreno, como en cualquier otro, es único, un hecho al lado del cual la mística profana no acertaría á ofrecer cosa equivalente. Ofrécenos una personali-

(1) Rom., XII, 3.

dad viva, en la cual hállanse reunidas, en la más elevada perfección y la más hermosa unidad, todas las exigencias requeridas para alcanzar el más elevado fin, y reunidas de manera tal, que cada cual puede imitarla á su manera.

Esa personalidad es Jesucristo, el más santo de los santos, hecho en todo semejante á nosotros, excepto en el pecado,⁽¹⁾ para que seamos perfectos y á propósito para toda buena obra.⁽²⁾

La mística natural no conoce tal personalidad. Tiene hermosas palabras, palabras de incomparable sublimidad; mas no puede darnos un modelo en el cual las hallemos realizadas en el más alto grado, un modelo que, á pesar de eso, podamos imitarlo.

Pues bien, cuanto más ella nos hace sentir esa necesidad, sin poder remediarla, más nos empuja hacia Aquél que es el único capaz de ayudarnos, llegado el caso.

De esta suerte, la historia de la mística natural, si sabemos leerla debidamente, es guía para llegar á Jesucristo. Cumpliendo ese cometido con respecto á nosotros, llenó una gran misión, misión que no se dió ella á sí misma, pero que le fué impuesta por la Providencia, y que la Divina Sabiduría le ayudó á cumplir á pesar de ella.

En definitiva, la historia de la mística demuestra lo que cada rama de la civilización y del saber humano, como la historia de la humanidad entera, atestiguan, á saber, que los hombres andan su camino, y que con todos sus errores y sus resistencias, trabajan en el cumplimiento del plan divino en el mundo.

(1) Hebr., IV, 15.

(2) II Tim., III, 17.